

de Dios y amenazaba á los malos con los castigos de Dios en la otra vida.

La Asamblea, aun crédula, se engañó también, creyó que París era más realista de lo que era verdaderamente y temió haber ido demasiado lejos. Durante la noche del 5 al 6, los diputados, solicitados uno á uno, rodeados, rogados, seducidos por las mujeres, por los intrigantes, por los hombres de reputación y de autoridad, sus predecesores de la Constituyente, fueron convertidos. Se les dijo que el rey si se sostenía el decreto no abriría la sesión y que cambiaría sus ministros. ¿Era preciso dejar que apareciese ante Europa de una manera tan patente la discordia entre los poderes públicos? La Asamblea, cambiada de la noche á la mañana, deshizo su obra del día anterior. No derogó el decreto, pero acordó su aplazamiento.

Alegría grande é insolente produjo el hecho entre los realistas; pasaron repentinamente del temor á la amenaza. Royou, en el *Amigo del rey*, hizo notar con desdén la inconsecuencia de la Asamblea y le dió una lección que esta aprovechó después. La autoridad que se ablanda está perdida. No se puede ni respetar ni temer á un poder que retira hoy la ley que ayer hizo.

Este loco espíritu de provocación no se limitó á las palabras. Había entonces entre los oficiales nobles de la guardia nacional, en la guardia constitucional del rey que se trataba de formar, muchos espadachines, gentes que seguros de su destreza, insultaban á todo el mundo. La corte estimaba mucho á esta gente, que todos los días le creaba una infinidad de enemigos. Uno de ellos, M. d' Ermigny, oficial de la guardia nacional, realizó un hecho verdaderamente grave. El 7, día de la sesión regia, por la mañana entró en la sala, había aun pocos diputados, se dirigió al azar á uno de ellos, Goupilleau, quien el 5 había expuesto con claridad su opinión sobre la cuestión del trono, le puso el puño en la cara y dijo: «Ya nos conocemos: mucho cuidado; si continuáis os haré acribillar á bayonetazos!» Acudieron los hujieres indignados, pero el presidente Pastoret no se indignó y negó la palabra al diputado insultado, que quería denunciar el hecho. Insistieron varios diputados. Ermigny fué llevado á la barra, pero fué absuelto después de presentar algunas excusas.

Mientras tanto los realistas, muy numerosos en las tribunas, hartaban sus ojos y su corazón con aquel trono disputado, que la Asamblea les parecía haber concedido al miedo y que se les presentaba como el símbolo profético de la próxima caída de la Revolución. Aplaudían á aquel trono de madera, sin inquietarse de si su alegría debía ser considerada por la Asamblea como un nuevo insulto. Un diputado respondió. El paralítico Couthon, dando pruebas de un vigor y de una iniciativa que no permitían esperar en manera alguna su estado impotente y su dulce fisonomía, inició la cuestión que más personalmente atañía al rey, la que le tocaba en el corazón tanto y más que el trono: solicitó y obtu-

vo que se examinaran inmediatamente las medidas que debían tomarse con respecto al clero, relativamente al terror que los sacerdotes refractarios hacían pesar sobre el clero sometido á la ley.

Entró el rey, resonaron unánimes aplausos. La Asamblea gritó: ¡viva el rey! Los realistas desde las tribunas, para causar despecho á la Asamblea, gritaron: ¡viva su majestad! En un discurso conmovedor, hábil, obra de Duport-Dutertre, el rey enumeró las leyes nuevas, inspiradas en el espíritu de la Constitución, que la Asamblea iba á dar á Francia. Supuso que la revolución había terminado. Y él era como rey del clero, como jefe voluntario ó involuntario de la emigración, de todos los enemigos de Francia, el obstáculo contra el cual la revolución debía proseguir su lucha, si no quería perecer. La Asamblea, muy joven aun, no se explicaba bien esto: no preveía nada de lo que ella misma iba á hacer. Se sintió conmovida cuando el presidente, Pastoret, aludiendo á una frase del rey, que decía que necesitaba ser amado: y también nosotros necesitamos, Sire, ser amados por vos.

Por la noche se produjo la misma impresión en el teatro á donde fué el rey con su familia; fué aplaudido por los hombres de todos los partidos y muchos lloraron; el rey derramó también lágrimas.

Sin embargo, los hechos son los hechos; las dificultades de la situación persistían. El informe prudente y moderado de Gallois y Gensamé sobre los disturbios religiosos de la Vendée causó por su misma moderación una profunda impresión (9 de Octubre). No podía tacharse de exagerado. El informe había sido escrito, en gran parte, bajo la inspiración de un político muy clarividente, el general Dumourier, que mandaba en el Oeste, hombre tanto mas tolerante cuanto que era indiferente á las cuestiones religiosas. Por consejo suyo, los dos comisarios habían modificado la decisión severa de los directorios de aquellos departamentos, que ordenaba á los sacerdotes refractarios abandonar los lugares que turbaban con su presencia, y se establecieran en las capitales.

Este informe abrió los ojos á Francia, que se vió arrastrada por el fanatismo al borde de la guerra civil.

Las primeras medidas propuestas fueron sin embargo bastante suaves. Touchet solicitó solamente que el Estado dejase de pagar á los sacerdotes que declararan no querer prestar obediencia á las leyes del Estado, dando, sin embargo, pensiones y socorros á los viejos ó enfermos. La Asamblea era entonces tan joven y estaba tan apegada á los principios absolutos, que varios de los diputados revolucionarios, entre otros el joven y generoso Ducós, reclamaron contra Touchet en nombre de la tolerancia. Pero nadie lo hizo con más calor que el obispo constitucional Torné, quien para justificar á sus enemigos en cuanto le era posible, declaró: «Que su negativa obedecía á grandes virtudes» que era preciso atribuirles más que á ellos á la mala voluntad del poder ejecutivo, que bajo mano estimulaba la resistencia. Este úl-

timo era cierto y muy pronto se tuvo la prueba de ello en Calvados, en donde el ministro Delessart había animado á los adversarios de Touchet á trabajar en contra de él.

Este fué el principio de la guerra interior; el asunto de los sacerdotes era el lado más temible. La cuestión de la guerra interior se planteó al mismo tiempo, al principio con motivo de las medidas que habían de tomarse contra los emigrados. La emigración, para la cual se pedía tolerancia tanto como para los sacerdotes, tomaba, como estos, la ofensiva; una ofensiva que, no por ser siempre directa, no era más irritante. Los emigrados, tratando de ganar las tropas, alistando gentes entre los nobles de grado ó por fuerza, amenazando á los caballeros ó á sus deudos que no partían. Los caminos estaban llenos de coches que se dirigían á la frontera, llevando grandes cantidades de dinero adquirido sin reparar en los medios. La frontera estaba ocupada por los emigrados que se agitaban, establecían inteligencias, tanteaban las plazas fuertes y se impacientaban por entrar. Los ministros de Luis XVI, las administraciones centrales ó de departamentos hacían la vista gorda ó ayudaban. Alguna administración económica, por ejemplo, multiplicaba, llevaba á sus empleados más activos á la frontera, aproximándolos á la tentación, teniéndolos dispuestos á pasar ó á recibir á los emigrados que pasaran y á prestarles mano fuerte.

Francia era como un desgraciado á quien se obligara á estar inmóvil mientras que una nube de insectos le acosa, buscando con el aguijón la parte más blanda; le inquieta, le ataca, le pica, aquí y allí, bebe su vida, chupa su sangre.

Brissot planteó la cuestión (20 Octubre 91) de una manera humana, elevada, que aun hoy día da la pauta con la que la historia debe juzgarla. Pidió que se distinguiera entre la emigración del odio y la emigración del miedo, que se tuviese indulgencia para esta y severidad para aquella. Declaró, de acuerdo con las ideas de Mirabeau, que no se pudiera encerrar á los ciudadanos en el reino; era preciso dejar las puertas abiertas. Rechazó igualmente toda medida de confiscación y solicitó únicamente que cesara el abuso ridículo de pagar sueldo á gentes armadas contra nosotros, á un Condé, á un Lambese, á un Castro de Lorena. Propuso que se ejecutara el decreto de la Constituyente, que sujetaba los bienes de los emigrados á un triple impuesto. Quiso que se castigara principalmente á los emigrados prisioneros, los jefes, los grandes culpables; refiriéndose especialmente á los hermanos del rey.

Después, á más de los emigrados, dirigió sus tiros á sus protectores, los reyes de Europa; señaló la tempestad en el horizonte. La alianza imprevista, monstruosa de Prusia y Austria que de repente se habían hecho amigas. Rusia insolente, violenta, que prohibía al emperador que se exhibiera en las calles y enviaba un ministro ruso á los emigrados de Cobleza. Los principillos halagando á los grandes con ultrajes á Francia. Berna castigó á una ciudad por haber cantado los himnos de la

Revolución. Ginebra armó sus fortificaciones, y dirigía contra nosotros las bocas de sus cañones. El obispo de Lieja no se dignó recibir á un embajador francés. Brissot no da aun completa idea sobre el odio furioso de las potencias contra la Revolución; no dice que en Venecia apareció una mañana en la plaza un hombre estrangulado por la noche por orden del Consejo de los Diez, con esta lacónica frase: «Estrangulado por francmason». En España un pobre emigrado francés, realista, pero volteriano, fué preso por la Inquisición por filósofo ideista. Cuando estaba ya vestido con el horrible *sambenito* se le quiso arrancar una vergonzosa confesión contraria á su conciencia, mas el desgraciado prefirió darse la muerte. Este hecho lamentable es conocido por la relación hecha por un agente de los inquisidores, quien lo presencié y lo describió, por el mismo escribano Llorente (1791).

Brissot indicó con precisión lo que querían nuestros enemigos, el género de muerte que preparaban á la Revolución: ¿el hierro?—No, la asfixia, la mediación armada para emplear el dulce lenguaje de la diplomacia. Y añadió con la misma claridad que nos rogarían con la espada en la mano que nos hiciéramos ingleses, que aceptáramos la constitución inglesa, sus Pares, su Cámara alta, sus vejez aristocráticas. Si hoy día se leen las memorias, entonces inéditas, ya de los ministros extranjeros, ya de nuestros constitucionales, se encuentran en ellas pocas cosas que no fueran adivinadas por Brissot en aquel notable discurso.

«Y bien, dijo: si las cosas llegan hasta aquí, no *debeis* contemporizar; es preciso que *ataquéis* vosotros.» Un aplauso inmenso partió de las tribunas y de la mayoría de la Asamblea.

Los acontecimientos se encargaron de aplaudir y confirmar con otra fuerza. Desastres, movimientos audaces de la contrarrevolución venían á asombrar á la Asamblea, y como otros tantos mensajeros de guerra á arrojar el guante á Francia.

A últimos de Octubre se supo el efecto que había producido en todas las potencias la carta en que el rey anunciaba su aceptación. No hubo una que creyera en su sinceridad. Rusia y Suecia devolvieron los despachos sin abrirlos, y el 29 firmaron un tratado para un armamento naval con el fin de hacer un desembarco en nuestras costas. España contestó que no respondería ni recibiría nada de Francia. El emperador y luego Prusia se mostraron acaso más amenazadoras en realidad, bajo formas más dulces (23 de Octubre), amenazas para Francia, dulzura para Luis XVI. «Deseamos, decía el emperador, *que se evite la necesidad de tomar precauciones* serias contra la repetición de actos que daban lugar á tristes augurios...» ¿Qué precauciones? Aclaraba esta palabra oscura en una circular á las potencias, en la que les advertía que era preciso continuar en observación y declarar á París «que *subsistía la coalición.*»

Todavía no les convenía á los reyes comenzar el ataque. Esperaban

que la guerra civil desgarrara la Francia y se les entregase. Dos hechos horribles que llegaron á noticia de la Asamblea uno detrás de otro, á fines del mismo mes, podían aumentar aquellas esperanzas.

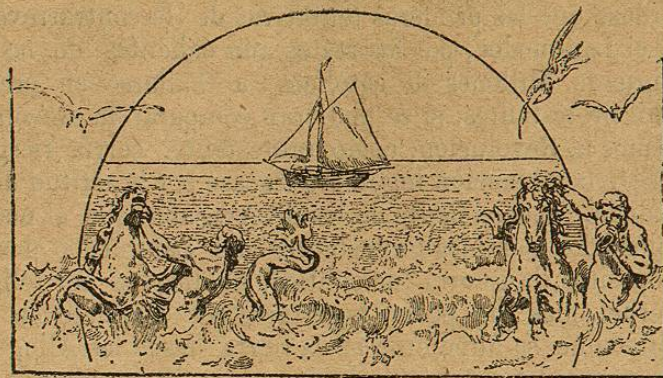
Vióse, por decirlo así, una espantosa columna de fuego que se elevaba sobre el Occéano. Santo Domingo estaba ardiendo.

Digno fruto de las tergiversaciones de la Constituyente, que en aquella cuestión terrible, flotando entre el derecho y la utilidad, parecía que sólo había enseñado la libertad á los desdichados negros para quitársela en seguida dejándoles únicamente la desesperación. Un mulato, un joven heroico, Ogé, diputado de los hombres de color en la Asamblea, que había llevado desde Francia los primeros decretos, los decretos libertadores, intimó al gobernador para que aplicase la ley. Perseguido y entregado por las autoridades de la parte española de Santo Domingo, fué bárbaramente enroddado vivo. Se produjo una especie de terror: los plantadores multiplicaron los suplicios. Una noche se sublevaron sesenta mil negros, y se entregaron á la matanza y al incendio, á la guerra de salvajes más espantosa que se había visto.

El otro suceso, menos grave materialmente, pero terrible, más cercano á nosotros, contagioso para el Mediodía, y que podía ser el principio de un vasto volcán, fué la tragedia de Avignon.

La contrarrevolución acababa de dar el golpe más audaz. El domingo (16 de Octubre del 91), hizo asesinar por el populacho, al pie del altar, á Lescuyer, jefe del partido francés contra los papistas. El crimen de aquel hombre, nada violento, y el más moderado de su partido, consistía en haber comenzado la venta de los bienes de los conventos y en haber pedido como magistrado el juramento cívico á los curas. Un milagro de la Virgen había incitado al pueblo á cometer aquel acto horrible. Los hombres le habían aplastado el vientre á palos. Las mujeres, para castigar sus blasfemias, le habían recortado á tijeretazos los labios *festoneándose* los. Los papistas se habían apoderado de las puertas de la ciudad. Pero el partido revolucionario se rehizo, y aquella misma noche vengó á Lescuyer dando muerte á sesenta personas que fueron degolladas en el palacio de los papas y arrojados al fondo de la torre de la Glaciere.

Vencida la contrarrevolución en Avignon, logró, sin embargo, con su impotente tentativa una gran ventaja, acabando con la paciencia del partido revolucionario, de suerte que ciego y furioso con aquellas horribles represalias, se hizo odioso.



CAPITULO XXV

Revolución de Avignon el 90 y 91.—Muerte de Lescuyer (10 de Octubre del 91).

Como el partido francés de Avignon, salvó el 90 al Mediodía.—Del derecho del papa.—El reinado de los curas.—Irritación de la burguesía.—Revolución del 11 de Junio del 90.—El partido francés castigado por el servicio que hizo á la Francia.—Avignon emprende, en nombre de Francia la conquista del Condado —Duprot, Rovere y Mamvielle —Su primera expedición á Carpentras, (Abril del 91), su fracaso —Asesinato de la Villasse, Abril del 91).—Segunda expedición á Carpentras —Jourdan cortacabezas —Francia envía mediadores (Mayo del 91) —Influencia que ejercieron sobre ellos las damas de Avignon — Es seducido el intermediario Mulot —Se ve obligado á huir de Avignon Agosto). El pueblo cansado de la Revolución —La Asamblea decreta la reunión (15 de Septiembre).—Mulot reanima al partido francés realista.—Los papistas cobran valor.—La virgen hace milagros.—Lescuyer es asesinado en la iglesia, (16 de Octubre del 91)

El fatal suceso de Avignon, aunque en apariencia fué local, ejerció sobre la revolución en general, una gran influencia como vamos á ver. Tenemos que detenernos aquí.

Avignon fué el punto donde al verse frente á frente, y violentamente contrapuestos el uno al otro, los dos principios, el viejo y el nuevo, mostraron lo horrible de una lucha furiosa. Reprodujo anticipadamente, y en pequeño, como en un espejo mágico, la imagen de las escenas sangrientas que iban á representarse en Francia. En aquel espejo se veían Setiembre, la Vendee y el Terror.

Y no tan solo Avignon en su reducido escenario mostró y produjo aquellos horrores, sino que lo más terrible fué que los autorizó de antemano, en cierto modo los aconsejó con su ejemplo, y dió, para una gran parte de los actos más barbaros, un modelo que el inepto crimen imitó servilmente. Avignon había copiado y lo fué á su vez. Ahora explicaremos esta generación del mal, su repugnante fecundidad.

Pero antes de referir los crímenes de aquel pueblo infortunado, que fueron en parte debidos á su situación, á la triste fatalidad de sus precedentes, justo es que digamos también todo lo que le debe la Francia.